

En Guerra Con la Palabra: La Necesidad de la Antítesis Bíblica

Por Greg L. Bahnsen

La siguiente discusión es un extracto de las Conferencias Van Til de 1987, pronunciadas por el Dr. Bahnsen en el Seminario Westminster de Filadelfia.

La antítesis entre los seguidores de Dios y los seguidores de Satanás es impuesta de manera soberana como una maldición judicial de Dios. Esta enemistad no es solamente social sino también intelectual en naturaleza, y por lo tanto, ignorarla en nuestra apologética es comprometer el evangelio.

Sin el ingrediente de la *antítesis* el Cristianismo no es simplemente anémico, sino que ha abandonado totalmente su desafío frente a todas las otras cosmovisiones. Cualquiera que esté familiarizado con el corpus de las publicaciones y escritos de Van Til se dará cuenta que el tema de la antítesis es un sello distintivo de su contribución erudita a la teoría apologética del siglo veinte.

La Antítesis en la Apologética de Van Til

Fue por el interés de la antítesis que Van Til escribió su primer programa importante de estudios, ahora titulado *Un Estudio de la Epistemología Cristiana*, declarando que, “Es necesario llegar a estar claramente consciente de la profunda antítesis entre los dos tipos principales de epistemología,” la Cristiana y la no Cristiana.¹ Fue por interés de la antítesis que Van Til publicó su primer libro importante sobre la “Crisis Teológica” de Barth y Brunner, titulado *El Nuevo Modernismo*, esperando alertar a la iglesia Cristiana del hecho que la teología dialéctica de Barth era fundamentalmente una con la teología modernista – y que “el nuevo Modernismo y el antiguo por igual son destructivos del teísmo Cristiano histórico y con ello del significado trascendental de la experiencia humana.”²

Fue con el interés de un entendimiento apropiado de la antítesis que Van Til, al año siguiente, publicó su segundo libro sobre el tema de *la Gracia Común*, donde la premisa fundamental era que “el creyente y el no creyente difieren desde el principio de toda investigación auto-consciente.”³ Y quizá la sección más memorable del texto básico de Van Til en apologética, *La Defensa de la Fe*, es precisamente su tratamiento del diálogo simulado en el que el Sr. Grey, el apologeta evangélico, no aprecia, en detrimento suyo, el significado de la antítesis filosófica entre la fe y la incredulidad.⁴

1 Van Til, Cornelius, *Un Estudio de la Epistemología Cristiana* [Originalmente “Metafísica de la Apologética,”] (New Jersey: Presbyterian and Reformed Publ. Co., 1969), v.

2 (New Jersey: Presbyterian and Reformed Publ. Co., 1946), p. 364.

3 (New Jersey: Presbyterian and Reformed Publ. Co., 1947), p. 3.

4 (New Jersey: Presbyterian and Reformed Publ. Co., 1955), pp. 319ss.

Este tema de la antítesis rectora, epistemológica y ética, entre la mente regenerada del Cristiano, dirigida por la Biblia y la mente autónoma del pecador (ya sea que se exprese por el incrédulo declarado o por el moderno teólogo no ortodoxo), siguió siendo parte de la enseñanza distintiva de Van Til a lo largo de su carrera. De hecho, su *festschrift* lleva el pertinente título *Jerusalén y Atenas* – basado en el famoso dicho antitético de Tertuliano “¿Qué tiene que ver Atenas con Jerusalén? ¿Qué concordia hay entre la Academia y la Iglesia?”

En su propio ensayo para ese volumen, titulado “Mi Credo,” Van Til condensó su concepción de la apologética, guiado por el pensamiento de la antítesis, en un sumario final, donde escribió:

Por lo tanto, mi propia proposición para una metodología consistentemente Cristiana de apologética es esta... Que ya no hagamos apelaciones a las “nociones comunes” en las que concuerdan el Cristiano y el no Cristiano, sino al “terreno común” que en realidad tienen porque el hombre y su mundo son lo que la Escritura dice que son. Que nosotros... establezcamos el principio no Cristiano de la autonomía racional del hombre en contra del principio Cristiano de la dependencia del conocimiento del hombre en el conocimiento de Dios tal y como se ha revelado en la persona y por el Espíritu de Cristo. Que afirmemos, por lo tanto, que solo es razonable que el Cristianismo sea abrazado por los hombres... que argumentemos, por tanto, por “presuposición.”⁵

El propósito de la actual discusión es abordar el tema de la naturaleza antitética del Cristianismo y su significado para la apologética. Una de las preocupaciones de la obra posterior de Van Til, *Hacia una Apologética Reformada*, fue insistirles a los apologistas Reformados a no ser primero filósofos (o especulativos), y luego Bíblicos. Más bien, decía Van Til, si vamos a ser fieles al Cristo de las Escrituras, primero debemos escuchar su palabra en la Biblia y a partir de ese punto de partida proceder a pensar detenidamente en todos los asuntos filosóficos. Van Til finalizó este panfleto con estas palabras:

En lugar de casar al Cristianismo con las filosofías de Aristóteles o Kant, debemos desafiar abiertamente las estructuras filosóficas apóstatas de los hombres con las cuales buscan suprimir la verdad acerca de Dios, de sí mismos y del mundo... Es solo si demandamos de los hombres una sumisión completa al Cristo viviente de las Escrituras en todas las áreas de sus vidas que les hemos presentado a los hombres las declaraciones del Señor Jesucristo sin comprometer la fe. Es solo entonces que somos primero verdaderamente Bíblicos y después especulativos. Solo entonces estaremos trabajando *hacia una apologética Reformada*.⁶

Siguiendo la exhortación de Van Til comenzaré con una visión general de la visión Bíblica de la antítesis entre el creyente y el incrédulo.

1. La Antítesis es Crucial para el Entendimiento Bíblico del Hombre

5 Geeham, E. R., *Jerusalén y Atenas*, (New Jersey: Presbyterian and Reformed Publ. Co., 1955), pp. 20, 21.
6 (sin lugar, sin fecha) pp. 24-28.

La Narrativa Bíblica

1. *Génesis 3:15* – Leemos en este versículo, “Pondré enemistad entre ti [Satanás] y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar.” Una visión correcta del hombre, de su escenario histórico y su problema, y la resultante relación de Dios con el hombre, está fuertemente ligada con la presentación Bíblica de la Caída del hombre y de la respuesta de Dios a ello. Génesis 3:15 a menudo es designado como el *proto-evangelio*, la primera proclamación de las buenas nuevas para la salvación del hombre. Sin embargo, esas buenas nuevas de la confrontación victoriosa del Salvador con Satanás no pueden entenderse excepto en el trasfondo que las precede. Claro, antecediéndola está (1) el hecho que la conciencia culpable del hombre creó una alienación entre él y su esposa, lo mismo que un deseo de huir de la presencia de Dios (vv. 7-8), y (2) el hecho que la maldición de Dios fue pronunciada contra la serpiente porque se atrevió a seducir al hombre para que repudiara la autoridad auto-establecida de la palabra de Dios (v. 14). Ambos puntos señalan a la antítesis espiritual inherente en la actual situación humana.

Pero más deliberadamente, la antítesis es explícitamente declarada por Dios en el verso quince, donde Él dijo que “*pondría enemistad*” entre la simiente de la mujer y la simiente de la serpiente – entre los hijos de Dios (quienes están unidos con su Salvador, el Mesías: cf. Gál. 3:16, 29) y los hijos del diablo (cf. Juan 8:44). Es digno de notarse que el énfasis cae sobre la palabra “enemistad” como la primera palabra en el Hebreo de Génesis 3:15 (“Enemistad pondré”). Y se dice que Dios mismo constituye, establece, y deliberadamente impone este enemistad entre los hombres.

La oposición y antítesis entre los creyentes de Dios y los seguidores de Satanás no es simplemente predicha por Dios y no es simplemente ordenada; es soberanamente inflingida como maldición judicial de Dios. La distinción y antipatía entre las dos simientes debe, y de hecho será, mantenida. Solo a la luz de eso podemos entender y esperar apropiadamente la derrota aplastante del Mesías sobre el tentador. Si esa antítesis fuera ignorada, diluida o disipada, se perdería el significado mismo del evangelio de salvación – ya sea por consignar a todos los hombres indiscriminadamente a la perdición de Satanás, o por hacer caso omiso del amor discriminador de Dios, el cual dice Pablo en Colosenses 1:13, “nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y [nos ha] trasladado al reino de su amado Hijo.”

La totalidad del mensaje Bíblico de redención y del establecimiento histórico del reino de Dios presuponen “la antítesis,” y por ende, entre el pueblo de Dios y la cultura de la incredulidad, entre el regenerado y el no regenerado. Por lo tanto, a lo largo de la historia Satanás ha tentado al pueblo de Dios a comprometer “la antítesis” – ya sea por entremezclarse en matrimonios impíos (Gén. 5:2), o por mostrar una tolerancia injustificada hacia los enemigos de Dios (Josué 23:11-13; Jueces 1:21, 27-36; Sal. 106:34-35), o por apartarse de la autoridad de la palabra de Dios de manera que “cada uno hacía lo que bien le parecía,” (Jueces 21:25), por cometer adulterio espiritual con otros dioses (e.g., Sal. 106:36, 39; Oseas 2:2-13, 4:12; Eze. 16:15-25), por confiar en algún poder distinto al de Dios (e.g., 1 Rey. 18:21; II Crón. 16:7-9; Isa. 30:7, 31:1; Eze. 16:26-29), o por repudiar al Mesías junto con el mundo (Juan 1:10-11), o por doblar la

rodilla tanto a Cristo como al César (cf. Hch. 17:7; Apoc. 13:8, 11-17).

De hecho, Satanás hasta se atrevió a tentar a Jesús, el Hijo de Dios, a que alcanzara los fines de Dios comprometiendo la antítesis con el mismo Satanás. En Mat. 4:8-10, usted recordará como Satanás le mostró a Jesús los reinos del mundo, y dijo que todos le pertenecerían a Jesús si tan solo doblaba su rodilla ante Satanás. (Claro, de cualquier forma pertenecían a Jesús. Satanás estaba proponiendo un atajo.) De manera que, si viviésemos a la altura de la valoración de Pablo de que los Cristianos “no ignoramos las maquinaciones de Satanás” (II Corintios 2:11), entonces no debemos ignorar el persistente mecanismo del tentador de sugerir que podemos atenuar o no tener en cuenta la antítesis que Dios ha impuesto entre Su pueblo y el mundo.

2. *Génesis 4* – En el cuarto capítulo del Génesis leemos que Caín asesinó a su hermano Abel porque Dios había tomado en cuenta la ofrenda de Abel en lugar de la ofrenda de Caín. El antagonismo entre aquellos que agradan a Dios y aquellos que no ya estaba entonces en operación en la historia humana. Y Juan nos dice específicamente que este evento ilustraba la enemistad que surge entre las dos simientes, pues dice, “Caín era del maligno.” Era de la simiente de la serpiente, y mató a su hermano precisamente “porque sus obras eran malas, y las de su hermano justas” (I Juan 3:12).

3. *Porciones Subsiguientes del Génesis* – La antítesis sigue siendo enfatizada en la literatura de la Biblia a medida que los descendientes de Caín y su cultura acompañante se distinguen ahora de los descendientes de Set en el cuarto capítulo del Génesis. La familia de Noé es puesta aparte del resto de la humanidad para preservación a través del diluvio en Génesis 5-9. La simiente de Sem es puesta aparte de la simiente de sus hermanos en Génesis 10. El intento impío de unificar a toda la humanidad en la torre de Babel es frustrado por Dios en Génesis 11. Abraham y su simiente son específicamente escogidos de entre todas las otras familias de la tierra en Génesis 12-15. La línea de Isaac es escogida sobre la de Ismael en Génesis 16-18. La línea de Jacob es escogida sobre la de Esaú en Génesis 25.

4. *Desde el Éxodo hasta Josué* – Eventualmente los hijos de Israel son sacados de la tierra de Egipto, como nos lo muestra el libro del Éxodo, para desplazar a las tribus Cananitas y establecerse como un pueblo santo para Dios (como leemos en el Libro de Josué).

Acompañando a estas historias Bíblicas leemos repetidamente de la hostilidad que existe entre los hijos de Dios y los del mundo. Notamos esto ya sea que veamos a Ismael burlándose de Isaac en Gén. 21:9 (cf. Gál. 4:29) o la severa y asesina opresión de Faraón de los esclavos Judíos en Éxo. 1:18-22 (cf. Heb. 11:23-27), o las campañas militares de Israel contra los abominables lugares de adoración de Canaán en Deuteronomio 7:24-25, 12:2-3.

5. *Los Salmos y la Literatura Profética* – De modo que el tema de la antítesis corre a través del drama Bíblico como un hilo sutil y unificador. Oímos el tema de la antítesis en los salmos imprecatorios contra los enemigos de Dios, y en la denuncia profética de las naciones, especialmente contra los despiadados imperios de Asiria y Babilonia que

tomaron en cautividad al pueblo escogido de Dios.

6. *La Ley* – La necesidad de vivir en términos de “la antítesis” es reforzada por la demanda de las leyes Mosaicas de que el pueblo escogido de Dios fuese un pueblo “santo,” separado de las creencias y de las prácticas paganas (e.g., Levítico 11:44-45; I Ped. 1:15-16). Sobre esta base Pedro dice en el Nuevo Testamento que hemos de ser santos en toda nuestra manera de vivir. Fue reiterado en el llamado de los profetas de “salir de en medio de ellos” y a “no tocar cosa inmunda,” (Isa. 52:11; Jer. 31:1), que es citado por Pablo en II Corintios 6:17-7:1. Hemos de estar limpios de toda contaminación de carne y de espíritu. Ahora, ambas órdenes morales asumen y endosan una antítesis entre el estilo de vida de los creyentes y el de los no creyentes, y ambas órdenes nos son repetidas en el Nuevo Testamento. Es mejor que las tomemos con seriedad.

7. *El Nuevo Testamento* – En el Nuevo Testamento vemos evidencia adicional de, y una demanda por, la antítesis entre la iglesia y el mundo. Jesús enfatizó y requirió una clara observación de esa antítesis cuando proclamó “el que no es conmigo, contra mí es.” (Mat. 12:30), porque él dijo, “nadie puede servir a dos señores” (Mat. 6:24). Y Jesús identificó “*al enemigo*” (ese lenguaje es evidente), el *enemigo* del Reino (Mat. 13:39), como Satanás. Pedro le llamó el “adversario” del creyente (I Ped. 5:8).

Y Pablo utilizó imágenes militares para instarnos a resistir a los principados, las potestades y las huestes espirituales de maldad (Efe. 6:10-17). Existe, según la perspectiva del Nuevo Testamento, un encuentro claramente hostil que se está llevando a cabo en el mundo.

Una ilustración gráfica de la antítesis, o enemistad, entre la simiente de la serpiente y la simiente que pertenece a Dios, se encuentra en el relato de Elimas el hechicero, a quien Pablo denunció como “hijo del diablo,” porque se “oponía” a los apóstoles tratando de apartar a Sergio Paulo de la fe, y por “trastornar siempre los caminos rectos del Señor” (Hechos 13).

Debemos traer a nuestra mente Génesis 3:15 otra vez cuando Jesús llamó “hijos del malo” a quienes se oponen al reino de Dios, y cuando Pablo los identifica como los “enemigos” de la cruz de Cristo quienes piensan en las cosas terrenales, en contraste con la ciudadanía celestial de los Cristianos (Fil. 3:18-20).

El apóstol Juan refuerza la necesidad de la antítesis al darles a los creyentes el siguiente mandamiento en I Juan 2:15: “No améis al mundo... Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él.” Y Santiago hizo hincapié en la antítesis de manera mordaz al declarar, “Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios” (Santiago 4:4).

Para terminar nuestro corto estudio, podemos observar finalmente que la antítesis será, de una vez por todas y en última instancia, confirmada por la separación eterna de todos los hombres ya sea en el cielo o en el infierno, como Jesús enseñó en Mateo 25:31-33, 40.

ii El Significado para la Apologética

El significado primordial para la apologética de la enseñanza Bíblica de que existe una antítesis fundamental, continua e irreconciliable entre el regenerado y el no-regenerado se encuentra en la observación de que esta antítesis se aplica tanto a la vida mental y a la conducta de los hombres como se aplica también a todos sus otros asuntos. La “enemistad” entre la simiente de Satanás y la simiente de Dios, de la cual se habla seminalmente en Génesis 3:15, es intelectual por naturaleza, lo mismo que social, familiar, o económica, o militar, o política, o lo que tenga a bien.

Considere las palabras de Pablo en Romanos 8:7: “los designios [*mente*, en Inglés] de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden.” La mentalidad de aquellos que no son regenerados (aquellos que están en la carne) no puede sujetarse a la verdad de la Palabra de Dios. Entonces, no existe paz entre la mentalidad del no creyente y la mente de Dios (que los creyentes buscan reflejar, cf. Juan 15:15; I Cor. 2:16). Más bien están en “enemistad” el uno contra el otro.

De manera similar Pablo describe la condición espiritual no regenerada y no reconciliada de los incrédulos en Colosenses 1:21 cuando dice “erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente” (*enemigos en su mente*) en contra de Dios. La “enemistad” específicamente es una que se desarrolla “en la mente” o pensamiento del incrédulo. El incrédulo es incapaz de sujetarse al mandamiento más grande de la ley, el cual es “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente” (Mat. 22:36-37). En vez de eso, el incrédulo “desprecia la sabiduría y la enseñanza” de Dios, como lo dice Proverbios 1:7. Aunque el temor del Señor es el principio – el punto mismo de partida – del conocimiento, no hay temor de Dios delante de los ojos del incrédulo (Rom. 3:18). Está, como tal, impedido de darse cuenta de los “tesoros de la sabiduría y el conocimiento” que están depositados en Cristo (Colosenses 2:3). La enemistad intelectual del incrédulo en contra de Dios es, al mismo tiempo, su perdición epistemológica.

Pablo, de manera concisa, presenta la enemistad epistemológica de la cual estamos hablando, y señala con claridad sus consecuencias, en Colosenses 2:8 – “Mirad que nadie os engañe [en el sentido de engañar para robarles, es decir, privarles de la sabiduría de los tesoros del conocimiento de los que se habla en el versículo tres] por medio de filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo.” Pablo presenta una filosofía que es “según Cristo” y que se halla en antítesis a una que sigue las presuposiciones “según el mundo” (su palabra es “rudimentos”: los principios elementales del aprendizaje) y de las tradiciones humanas. Y Pablo dice que esta última tendrá el efecto de privarles del conocimiento a aquellos que la sostengan. Aquellos que “detienen con injusticia la verdad,” no solamente están “sin excusa” por su línea de razonamiento, sino que llegan a ser “vanos en sus razonamientos, y su necio corazón es entenebrecido” (Rom. 1:18, 20-21). La filosofía incrédula no es “filosofía” (etimológicamente, “amor a la sabiduría”) en lo absoluto. De modo que, los argumentos de los hombres no regenerados contra la fe Cristiana son “las oposiciones de la falsamente llamada ciencia” (I Tim. 6:20), el necio razonamiento de quienes “se contradicen” (II Tim. 2:25) en el proceso de llevar a cabo su enemistad u hostilidad contra

Dios.

Ahora, el apologista debe darse cuenta de estas implicaciones y por lo tanto buscar exponer la total futilidad epistemológica del razonamiento del incrédulo. El reto de Pablo fue este: “¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo?” (I Cor. 1:20). Era su convicción que, debido a que la mente no regenerada está en enemistad con la Palabra y el Espíritu de Dios – y por ende también con el pensamiento del pueblo de Dios quienes son “renovados en el espíritu de sus mentes” (Efesios 4:23) – los no creyentes, sean estudiados o no, “andan en la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón.” Si alguna vez hubo una acusación, línea por línea, Pablo la da en Efesios 4:17-18.

El defensor de la fe que es fiel a la fe Bíblica que defiende, no buscará abandonar o atenuar la antítesis crucial que existe entre el razonamiento filosófico de la mente regenerada y el razonamiento auto-destructivo de la mente no regenerada. Derribará, como dice Pablo en II Corintios 10:5, “argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo.” La antítesis debe ser central e indispensable para la obra del apologista como un embajador de Cristo en la arena intelectual, quien ruega a los hombres que se reconcilien con Dios (II Corintios 5:20).

2. Pero el Pensamiento Moderno Ignora y Desprecia la Antítesis

Sin embargo, el espíritu de nuestra época y de nuestra cultura no es solamente antitético a la perspectiva del Espíritu de Dios como generalmente se revela en las Escrituras; es en particular antitético a la visión Bíblica de la antítesis en sí. El espíritu moderno renuncia a la enemistad o antítesis entre la mente regenerada y la no regenerada, como presagiando la antítesis final del cielo y el infierno, con la esperanza que todo el mundo podría, un día, “vivir como uno.”

Este borrado de la antítesis fue el tema motivador y el sentimiento generador de la canción popularizada por el ex Beatle John Lennon, en la que propuso, “Imagina que no hay cielo; es fácil si lo intentas, no hay infierno debajo de nosotros, y por encima solamente el cielo. Imagina a toda la gente viviendo para el hoy.” La canción continuaba predicando que deberíamos imaginar que no hay país, no hay posesiones, y “tampoco ninguna religión” – para que pudiésemos finalmente alcanzar una “hermandad del hombre” donde cualquiera y todas las antítesis, especialmente la proclamada por la Biblia, serían eliminadas para siempre en un monismo social, político y económico de paz perpetua. Todo comienza, canta la sirena moderna, imaginando que no hay cielo ni infierno. No se debe admitir la antítesis ordenada por Dios.

Incluso donde la expresión del espíritu moderno no es tan pronunciada o poética como la canción de John Lennon, vemos la sutil indiferencia a la antítesis Bíblica mostrada todos los días a nuestro alrededor en los medios de comunicación. El espíritu contemporáneo es el de un igualitarismo democrático y el de una tolerancia iluminada, y estos atributos no son nada si no tienen el propósito de abarcarlo todo. No es suficiente que la democracia política le permita a uno creer lo que uno tenga a bien; está también la “democracia epistemológica”

que insiste en que ningún sistema de creencia es inherentemente superior a algún otro.

La antítesis Bíblica entre la luz y las tinieblas, entre la sabiduría que honra a Dios y la necesidad que desafía a Dios, entre la mente del Espíritu y la mente de la carne es una ofensa a la mentalidad moderna. Nadie tiene la garantía de considerar su perspectiva como más autoritativa o imbuida con algún privilegio epistemológico especial sobre otras. A todos los puntos de vista filosóficos se les debe rendir igual honor como dignos de nuestra atención y como teniendo algo de valor con lo cual contribuir a nuestro pensamiento. Debemos respetarnos unos a otros.

Por consiguiente, nuestra época se caracteriza por el pluralismo intelectual y por el espíritu del *acercamiento*, y en lo absoluto no por el reconocimiento, o por tomar en cuenta, la antítesis categórica entre los puntos de vista Cristiano y no-Cristiano.

El resultado de ignorar la perspectiva antitética ordenada por Dios entre el Cristianismo y el mundo es, como uno podría esperar naturalmente, una falta de coraje de no sostener una verdad religiosa distintiva y absoluta, una verdad que sobresalga con claridad en contra de cualquier visión que no se ajuste a ella o que vaya en su contra. “Nadie está equivocado si todos están en lo correcto” ha llegado a ser la premisa operativa inconsciente de la teología moderna.

El agnosticismo cognoscitivo del pensamiento religioso post-Kantiano impide la identificación de alguna línea bien definida entre la verdad y el error – y hace que aquel que abogue por una sea considerado de dudosa reputación. Por consiguiente, la teología moderna simplemente se resiste a enfatizar la antítesis fundamental entre la erudición que se somete a la palabra revelada de Dios y el razonamiento autónomo que la ignora o la niega. El resultado inevitable de suprimir esta antítesis es que la teología Cristiana pierde su carácter básico y se toma de las manos con el que debiese ser su mismo opuesto: el relativismo religioso. Eso es lo que ha sucedido en nuestra época de *anti-antítesis*. Por ejemplo, no hay “herejes” genuinos en el pensamiento de los teólogos modernos – por la misma razón por la que no hay catorinos por exposición indecente en una colonia nudista: viz., las precondiciones para presentar esos cargos simplemente no existen.

Esto es ilustrado de manera franca por el texto que considero el más completo y el estudio descriptivamente más competente para la teología y la filosofía contemporánea de la religión. En su libro, *El Pensamiento Religioso del Siglo Veinte*, John Macquarrie demuestra una destacada familiaridad con el amplio ámbito de las tendencias filosóficas que han actuado junto con la reflexión religiosa desde los 1900.

Indudablemente Macquarrie ha llegado a dominar el campo del moderno pensamiento teológico, y se debe reconocer que sus enfoques y evaluaciones de temas o autores particulares a menudo son de mucha utilidad. ¿Pero qué ha aprendido Macquarrie de todo esto? ¿Qué conclusión ha derivado de su estudio del pensamiento religioso del siglo veinte? Se muestra bastante abierto sobre el asunto en su capítulo de “Comentarios Finales” en la primera sub-sección titulada “Algunos Descubrimientos y Sugerencias.” El erudito de Oxford escribe:

Nuestro estudio, sin embargo, indudablemente nos ha señalado en la dirección de un grado de relativismo. La verdad final y absoluta en las cuestiones de religión es simplemente inalcanzable... Aunque se nos niega la verdad absoluta, podemos tener atisbos parciales de grados variados de suficiencia, grados que pueden quitarnos un poco la tristeza...

Hacia lo que vamos es que así como no tenemos respuestas absolutas, tampoco tenemos preguntas absolutas, en las que todo se pondría de manifiesto de una vez. Solamente Dios podría plantear o contestar tales preguntas. Nuestras preguntas surgen de nuestra situación, y tanto las preguntas como las respuestas son relativas a esa situación. Esto no necesita afligirnos pues no podría ser de otra manera – es parte de lo que significa ser finitos.

Ya hemos visto que existen muchas posibles maneras de entender la religión, y... no es probable que ninguna manera sea la verdad final... Esta es la situación en la que el hombre finito ha de preparar su mente – una situación agonizante, si gusta, pero también es una situación desafiante y llena de aventura. Así es como Kierkegaard miraba el Cristianismo – no como una acogedora convención sino como una decisión que debía tomarse y como un salto que dar.⁷

Macquarrie, quien pienso es representante de la mentalidad moderna, no está dispuesto a tolerar la antítesis radical (la enemistad impuesta por Dios) entre la fe fundada en la santa Palabra de Dios y la incredulidad. En el mejor de los casos mira la situación teológica como un “diálogo entre hombres libres” quienes, juntos y a la deriva en el relativismo y la incertidumbre religiosa, deben tomar un “salto” aventurero de fe puesto que no hay una “verdad final” con respecto a la religión para nosotros, criaturas finitas, cuyo pensamiento depende de nuestra situación local. Claro que, como Macquarrie reconoce, Dios mismo podría proveer “respuestas absolutas” que nos levantarían por encima de nuestras limitaciones humanas. Y Macquarrie es bien consciente que, “algunos teólogos hablan de una revelación divina a la cual tienen acceso,” pero luego descarta prontamente esa perspectiva “dogmática y arrogante” (debido a las dificultades asociadas con interpretar la revelación).

La farsa en todo esto, espero, es solo demasiado obvia. El mismo Macquarrie es no menos dogmático y arrogante al pronunciar que “la verdad absoluta y final” sobre cuestiones religiosas simplemente “es inalcanzable.” ¡Él es absoluto en su declaración de que nada es absoluto! Sobre la cuestión de la comprensión religiosa la propia verdad final de Macquarrie es que no puede haber verdad final. Esta flagrante contradicción complementa la contradicción sutil, pero igualmente real, en su declaración de que se pueden reconocer “varios grados de suficiencia” en las diferentes perspectivas religiosas, a pesar del hecho que se nos niega la “verdad absoluta.” Cuando una verdad o estándar religioso final ha sido descartado, ¿sobre qué base podría alguien juzgar el “grado” de aproximación a la verdad en alguna idea religiosa propuesta? ¿Qué tipo de “suficiencia” espera Macquarrie que alcancen las perspectivas religiosas si no es suficiencia con respecto a su veracidad? (¿Es una verdad religiosa el que la verdad es irrelevante a la suficiencia religiosa?) La mente moderna prefiere tales fallas imperdonables de coherencia intelectual a

7 (Londres: SCM Press, rev. 1971) pp. 372, 373.

la antítesis aterradora que una revelación divina absoluta representaría y necesitaría.

El Dr. Van Til nos enseñó que la tendencia hacia el irracionalismo en el pensamiento moderno (la tendencia hacia el escepticismo, la incertidumbre, el relativismo, la aceptación de la incoherencia) es un hecho aliado con la tendencia hacia el racionalismo autónomo en el pensamiento moderno (la tendencia a exaltar el intelecto natural del hombre como juez final usando los estándares de la lógica y de la ciencia). El reflexivo hombre moderno lo quiere de ambas maneras: su intelecto es adecuado y autoritativo, pero en realidad no es lo suficientemente adecuado o finalmente autoritativo. Las arrogantes demandas del racionalismo son equilibradas por las humildes concesiones del irracionalismo, y luego las humildes dudas del irracionalismo son apuntaladas por las convicciones del racionalismo. Van Til señaló que, irónicamente, las dos tendencias hacia el racionalismo y el irracionalismo en realidad se requieren la una a la otra:

No hay nada sorprendente en el hecho que el hombre moderno es abiertamente irracionalista y abiertamente racionalista al mismo tiempo. Tiene que ser ambas cosas para poder ser una de ellas. Y tiene que ser ambas cosas para defender su noción básica de su propia libertad o sentido último... Los deterministas y racionalistas son lo que son con el fin de defender la misma autonomía de la libertad del hombre que los indeterministas y racionalistas están defendiendo.⁸

El no-Cristiano presupone una dialéctica entre la “casualidad” y la “regularidad,” dando razón la primera del origen de la materia y la vida, explicando la última los sucesos corrientes de la empresa científica... El no-Cristiano... no obstante, intenta usar la “lógica” para destruir la posición Cristiana. Por un lado, apelando a la *no-racionalidad* de la “materia,” dice que el carácter fortuito de los “hechos” es evidencia conclusiva en contra de la posición Cristiana. Luego, por otro lado, sostiene como Parménides que no es posible que la historia Cristiana sea verdad. El hombre debe ser autónomo, la “lógica” debe ser legislativa en cuanto al campo de la “posibilidad,” y la posibilidad debe estar por encima de Dios.⁹

Y esto es precisamente lo que vemos en el ejemplo del Dr. Macquarrie. Incliniéndose hacia el *irracionalismo*, descarta la verdad absoluta o final en religión, afirma que todas nuestras preguntas y respuestas son relativas, dice que debemos estar contentos con un salto de fe, y se conforma con deslumbrantes contradicciones mientras nos dice estas cosas. Luego pega un vuelco en la misma página siguiente y afirma un *racionalismo* autónomo como su guía intelectual:

Nuestro entendimiento de la religión debiese ser un entendimiento *razonable*. Con esto no se quiere dar a entender que se ha de dar alguna prueba conclusiva, pues ya hemos rechazado la posibilidad de la certeza absoluta... Al pedir un entendimiento razonable de la religión simplemente queremos decir que no debiese implicar ningún *sacrificium intellectus*, nada de contradicciones flagrantes, ni violaciones a la razón natural, ningún conflicto con lo que creemos acerca del mundo basados en

8 Van Til, C., *El Desafío Intelectual del Evangelio*, (New Jersey: L. J. Grotenhuis, 1953) p. 17.

9 Geehan, pp. 19, 20.

el sentido común o científico.¹⁰

Esta evidente exhibición de la tensión racional-irracional en el pensamiento de un pensador moderno y bien educado es pertinente para nuestro tema en esta discusión, pues podemos discernir aquí la *misma supresión de la antítesis* en *ambos* lados de la dialéctica de Macquarrie. Por el lado *irracionalista*, no puede haber antítesis entre la verdad divina y la incredulidad rebelde, pues todas las opiniones religiosas son relativas; todos los hombres están juntos en la misma situación: un diálogo común donde la verdad final y absoluta es inalcanzable. De igual manera, por el lado *racionalista* de la dialéctica, no puede haber antítesis entre la verdad divina y la incredulidad rebelde, pues (otra vez) todos los hombres están juntos en la misma situación: rehusándose a sacrificar la autonomía de su “intelecto,” honrando las demandas de la razón “natural” y el sentido “común,” y nunca creyendo nada que sea contrario a lo que “nosotros” (cualquier hombre) creemos acerca del mundo basados en la “ciencia” (genérica). Todos los hombres por igual, ya sean siervos o enemigos de Jesucristo, son tachados por Macquarrie en su metodología racionalista (el intelecto autónomo es el juez), así como son todos incluidos en su conclusión irracionalista (no hay verdad final.) Él no puede reconocer una antítesis religiosa fundamental en método y en conclusión.

Un rechazo similar de la antítesis se encuentra en los escritos de uno de los destacados filósofos analistas de nuestro tiempo, Stephen Toulmin. En la obra *El Regreso a la Cosmología*, de Toulmin, que aborda la interrelación de la ciencia y la teología en la naturaleza, Toulmin argumenta, de cara al antagonismo moderno de la idea, que las cuestiones del universo como un todo y el lugar del hombre en él no debiesen desestimarse. Toulmin desea regresar a las preguntas exhaustivas respecto a la naturaleza del universo como un todo, a la reflexión cosmológica que se beneficie de la doble aportación de las ciencias naturales y de la filosofía religiosa.

Al puro final del libro, donde discute “La Futura Cosmología,” hace la siguiente observación: “Si ha de haber una renovación de contactos entre la ciencia y la teología siguiendo las líneas aquí sugeridas – si las presuposiciones cosmológicas implicadas al hablar del esquema global de las cosas han de ser escrutadas conjuntamente de ambos lados de la cerca – encontraremos rápidamente algunos problemas espinosos de jurisdicción.”¹¹ Toulmin es lo suficientemente agudo como para darse cuenta que el desacuerdo “sectario” y el particularismo doctrinal se atraviesan en el camino para desarrollar una cosmología común y efectiva en los términos en que los hombres puedan concordar con respecto a su lugar y responsabilidad en el universo. Por lo tanto, la cosmología cuya búsqueda fomenta es una que no vaya a ofender “la razón natural” del hombre. En el segundo de los últimos párrafos de su libro escribe:

No obstante, esto nos coloca en una posición para afirmar, con mucha franqueza, que todo el esquema de la Creación por el cual nuestras ideas religiosas y morales han de guiarse ¿es transparente para “la razón natural” sin tomar en cuenta las consideraciones doctrinales de las religiones y sectas particulares? Los predicadores que exhortan a los buenos Cristianos a dejar que su Cristianismo cale todo su

¹⁰ Macquarrie, p. 373.

¹¹ (Berkeley: University of California Press, 1982), p. 273.

pensamiento, para que así puedan terminar – digamos – con una “aritmética Cristiana” – dan pie para la objeción de Leibniz de que la aritmética simplemente no es así – que aún Dios mismo no puede alterar, o violar, las verdades de las matemáticas. Y, si se nos dijera que los buenos Cristianos deben suscribirse a una ciencia diferente de ecología – tomada de otra gente, también podría señalarse una objeción paralela. Dios interviene en el mundo (declaró Leibniz) dentro del ámbito de la gracia, no en el ámbito de la naturaleza. De modo que quizás ha llegado el tiempo de hacer de tripas corazón y declararnos a favor de una teología de la naturaleza plenamente común y ecuménica.¹²

Toulmin está dispuesto a regresar al pensamiento cosmológico, *siempre y cuando* se deseché por adelantado cualquier antítesis entre una teología Cristiana de la naturaleza y cualquier concepción no-Cristiana. La perspectiva Cristiana ha de ser confinada al ámbito de la gracia, no se ha de permitir que cree disputas sectarias dentro del ámbito de la naturaleza. La última cosa que la mente moderna está dispuesta a aceptar son unas matemáticas distintivamente Cristianas, unas ciencias naturales distintivamente Cristianas, cualquier cosa que sea particularmente Cristiana. No se puede dar el lujo de asignarle un lugar especial a la perspectiva Cristiana. “La antítesis debe ser retirada si los Cristianos van a dialogar con otros religiosos, filósofos o científicos. Todos deben ser respetados por tener una perspectiva que contribuya al rico entendimiento de este universo en última instancia misterioso.

Toulmin declara inmediatamente que su empresa, plenamente ecuménica – lo que él llama una “teología de la naturaleza accesible a la razón común” no producirá un respaldo universal debido a la intolerancia de la “teología fundamentalista.” Pero, aún si lo hiciera, si todas las perspectivas aceptaran los requerimientos racionalistas de un método intelectual común y autónomo, ¿probaría ser exitosa la teología ecuménica de la naturaleza de Toulmin? ¿Nos daría un conocimiento seguro del gran esquema de las cosas y del lugar del hombre en el universo? En el último párrafo de su libro Toulmin pregunta, “¿Cuánto, entonces, puede la razón natural sola informarnos en detalle sobre lo que es realmente el esquema general de las cosas – el cosmos, o la Creación?” Su respuesta (o no-respuesta) concluye el libro: “Hemos alcanzado el umbral de dificultades dolorosas y de preguntas confusas, pero responderlas es una tarea para el futuro.”¹³

De este modo Toulmin, el filósofo, ha regresado – junto con el teólogo Macquarrie – a la moderna tendencia irracionalista de la incertidumbre y el escepticismo. Las preguntas son tan severas que nadie puede en realidad saber con certeza. El sustituto para una respuesta distintivamente Cristiana resulta ser, como siempre, la evasión escatológica invocada por el pensamiento autónomo: responder las cuestiones últimas debe ser siempre una tarea para el *futuro*.

El repudio moderno de la antítesis entre las mentes regenerada y no-regenerada, entre la cosmovisión Cristiana y sus competidoras, es en sí misma (irónicamente) una reiteración de esa misma antítesis. La promoción del relativismo religioso por parte de Macquarrie y el rechazo de Toulmin de cualquier cosmología distintivamente Cristiana ambos toman su

12 Toulmin, p. 274.

13 *ibid.* p. 274.

posición en contra del Cristo que habla en las Escrituras. Contrario a la tesis proclamada por Cristo, el hombre moderno afirma su anti-tesis. La “enemistad” ordenada por Dios entre la fe y la incredulidad (cf. Génesis 3:15) no puede jamás ser vencida de manera exitosa. En su esfuerzo por suplantarla, la erudición incrédula simplemente termina respaldándola.

Sin embargo, el que tal esfuerzo vano por eliminar la antítesis entre el Cristianismo Bíblico y sus oponentes sea llevado a cabo por los eruditos de este mundo es algo que no debiese sorprendernos. Después de todo, el respetar y condonar esa antítesis sería implícitamente auto-condenatorio. Juan 3:20 nos dice que es precisamente un escape de la condenación de Dios lo que el no-creyente busca.

Lo sorprendente es que incluso eruditos profesamente “Cristianos” hagan el mismo esfuerzo vano por eliminar la antítesis entre la filosofía Bíblica y la especulación antibíblica.

La afición de los teólogos modernos y de los clérigos por ignorar el antagonismo inherente entre la perspectiva de la santa palabra de Dios y la perspectiva desarrollada por los hombres que detienen o disputan la verdad Bíblica fue algo que le dio mucho trabajo a Van Til hasta las profundidades de su alma temerosa de Dios. Desde luego que al enfatizar lo común en lugar del conflicto tales teólogos agradan más a los hombres, dijo Van Til, pero lo hacen al precio de llegar a ubicarse bajo el desagrado de Dios – el Dios quien, en el huerto de Edén, impuso Él mismo la enemistad inexorable entre Su pueblo y el mundo.

De modo que, en su obra *El Gran Debate Actual*, Van Til evitó seguir el ejemplo de los expertos liberales y neo-ortodoxos para seguir a Agustín, enseñando que la “Ciudad de Dios” y la “ciudad del hombre” se hallan la una contra la otra en su perspectiva total con respecto al curso completo de la historia. En *El Pastor Reformado y el Pensamiento Moderno*,¹⁴ Van Til argumentó en contra del ecumenismo apóstata y centrado en el hombre de la especulación contemporánea – un ecumenismo que, para ser consistente, debe reconocer que hasta las propuestas radicalmente anti-Cristianas de Teilhard de Chardin y los proponentes de la idea de la muerte de Dios (sobre los cuales vea los análisis de Van Til en panfletos separados de 1966), no debiesen ser tenidos fuera de la iglesia (cf. *Hacia una Apologética Reformada*). En libros como *La Soberanía de la Gracia*¹⁵ y *La Nueva Hermenéutica*,¹⁶ Van Til advirtió en contra de la síntesis entre el Cristianismo y el pensamiento Post-Kantiano que es la desviación peligrosa en la enseñanza posterior de Berkouwer y Kuitert.

Entonces, no podemos sino notar que el mensaje de la antítesis no es tenido en cuenta por los pensadores de este mundo ni por los teólogos de la síntesis de la perspectiva. Sin embargo, aquel que desea por sobre todo ver una disolución de la antítesis del pensamiento regenerado y el no-regenerado a favor de la síntesis, del ecumenismo, y de una “fe común” de carácter autónomo o humanista, es aquel sobre quien esa antítesis fue originalmente pronunciada como una maldición – el mismo Satanás (cf. Génesis 3:14-15). Esta es, de hecho, su herramienta más efectiva contra el plan redentor de Dios y contra la maduración

14 (New Jersey: Presbyterian and Reformed Publ. Co., 1955).

15 (New Jersey: Presbyterian and Reformed Publ. Co., 1969).

16 (New Jersey: Presbyterian and Reformed Publ. Co., 1974).

del reino del Mesías. Esta es su “última y mejor esperanza” de que las puertas del infierno podrían, después de todo, prevalecer contra la iglesia de Cristo (cf. Mat. 16:18), pues según la reflexión filosófica que desestima la antítesis entre las “dos simientes,” no hay, en principio, y de todas maneras, ninguna necesidad de una colisión fundamental entre la iglesia y las puertas del infierno. Satanás opera alegremente a través de la polémica de los filósofos autónomos y de los teólogos relativistas y ecuménicos para fastidiar o tentar al pueblo de Dios a comprometer “la antítesis” en su razonamiento y erudición, y especialmente quisiera que hiciésemos a un lado cualquier teoría o aplicación práctica del hecho que la “enemistad” del no-creyente contra Dios y Su pueblo llegue a expresarse precisamente en su vida o pensamiento intelectual. Satanás hace eso precisamente porque el mensaje de redención de la Biblia, lo mismo que la obra histórica de Cristo y Su Espíritu al establecer el reino de Dios, ambos presuponen una antítesis poderosa, sistemáticamente básica e intrínseca entre la cultura del hombre regenerado y la del no-regenerado.

[En este punto, en la conferencia original, el Dr. Bahnsen entra en una extensa crítica de la noción de antítesis de Francis Schaeffer. Bahnsen argumenta que “uno podría pensar, entonces, que debiésemos darle la bienvenida a cualquier erudito o escritor Cristiano que hace del llamado a la antítesis algo central en su encuentro con la cultura moderna. Pero, este no es totalmente el caso. De una manera más bien extraña algunas concepciones de la antítesis pueden, sin darse cuenta, pero de todas maneras, trabajar verdaderamente para socavar la misma antítesis que se presenta y que es esencial al punto de vista Bíblico... esto es lo que encontramos en el caso de la obra apologética y los escritos de Francis Schaeffer.

Además, argumenta Bahnsen, Schaeffer no solamente ofrece una falsa concepción de la antítesis, sino que también malinterpreta seriamente la naturaleza e importancia de la filosofía de Hegel. De manera vergonzosa Schaeffer le imputa varias opiniones ostensiblemente “anti-Hegelianas” a Hegel. La erudición Cristiana debe elevarse por encima de este tipo de errores. La revista *Antítesis* publicará una importante crítica del Dr. Bahnsen a Schaeffer en su edición de Junio – Julio (Vol. I, No. 3, 1990).]

3. La Naturaleza Sistemática de la Antítesis

En términos de principio teórico y de eventual resultado el no creyente se opone a la fe Cristiana con todo un *sistema* antitético de pensamiento, no simplemente con trocitos de críticas. Su ataque está dirigido, no a puntos aleatorios de la enseñanza Cristiana, sino al fundamento mismo del pensamiento Cristiano. Las críticas particulares que son utilizadas por un no creyente descansan en sus nociones básicas y claves que unifican e informan todo su pensamiento. Y es esta raíz presuposicional la que el apologista debe buscar erradicar si su defensa de la fe ha de ser verdaderamente efectiva.

Abraham Kuyper entendía bien que todos los hombres conducen su razonamiento y su pensamiento en términos de un principio controlador último – una presuposición de lo más básica. Para el no creyente, este es un principio natural o naturalista, en términos de lo que el pensamiento del hombre toma como inteligible sin recurrir a Dios. Para el creyente, es un principio sobrenatural basado en el involucramiento de Dios en la historia y experiencia del hombre, más notablemente en la regeneración – una perspectiva que provee el marco necesario para que todas las cosas tengan sentido. Estos dos compromisos últimos –

llamémosles naturalismo y sobrenaturalismo Cristiano – son lógicamente incompatibles y buscan anularse el uno al otro. Deben, como argumentó Kuyper en *Principios de Sagrada Teología*, crear “dos tipos de ciencia,” donde cada perspectiva (principio) contradice cualquier cosa que la otra perspectiva dice y le niega el noble nombre de “ciencia.”¹⁷ El principio natural desarrolla su ciencia, y el principio sobrenatural desarrolla su ciencia – y los dos no se honrarán mutuamente como ciencias genuinas. Y de este modo el creyente se inclina a distorsionar, reinterpretar o rechazar cualquier evidencia o argumentación que se presente en respaldo a, o que esté controlada por, el compromiso último del creyente. Para ser consistente el no creyente no puede ni siquiera permitir la *posibilidad* de que la proclamación Cristiana sea verdadera.

Hay dos cosmovisiones fundamentalmente diferentes en términos de las cuales los hombres conducen su pensamiento y en términos de las cuales entienden el uso de la razón en sí.

Solo tomemos por un momento esa palabra, “razón.” En el sentido genérico “razón” simplemente se refiere a la capacidad intelectual o mental del hombre. Los Cristianos creen en la razón, y los no-Cristianos creen en la razón; ambos creen en la capacidad intelectual del hombre. Sin embargo, para cada uno, su visión de la razón y su uso de la razón está controlada por la cosmovisión en la cual la razón opera. Una cosmovisión es, muy simplemente, una red de presuposiciones que no se verifica por los procedimientos de la ciencia natural, sino en términos de cuáles aspectos del conocimiento y la experiencia del hombre son interpretados e interrelacionados.

La cosmovisión del no creyente, de acuerdo a Kuyper, se caracteriza por ser autónomo. Es decir, se caracteriza por la auto-suficiencia o por una independencia de la autoridad externa, especialmente cualquier autoridad trascendente (una que se origina más allá de la experiencia temporal del hombre o que supera la experiencia temporal del hombre). El hombre autónomo, como Van Til lo dice, quiere ser “una ley para sí mismo.” Y esto conduce, entonces, a lo que nuestra sociedad llama “secularismo” o “humanismo:” la visión de que el hombre es el valor más alto, lo mismo que la más alta autoridad, en términos de conocimiento y conducta, en lugar de serlo alguna realidad trascendente o alguna revelación trascendente. El racionalismo es humanista o autónomo en su carácter básico, manteniendo la actitud general de que la razón autónoma del hombre es su autoridad final – en cuyo caso la revelación divina puede ser negada o ignorada en *cualquier* área que una persona esté estudiando.

4. La Antítesis en el Método Apologético

Ahora, debido a que el no creyente tiene tal sistema implícito de pensamiento o cosmovisión – una cosmovisión autónoma, racionalista, secular – dirigiendo su ataque hacia la fe, el Cristiano no puede jamás estar satisfecho de defender la esperanza que hay en él simplemente hilando algunas evidencias aisladas que ofrezcan una leve probabilidad de la veracidad de la Biblia. Cada ítem particular de evidencia – ya sea evidencia histórica como John Warwick Montgomery lo quiere presentar, o evidencia lógica como Alvin

¹⁷ Kuyper, A., *Principios de Sagrada Teología*, trad. J. Hendrik De Vries (Grand Rapids: Eerdmans, 1968 [1898]), pp. 150-156.

Plantinga lo quiere presentar, o evidencia existencial como Francis Schaeffer era experto en presentar – cada ítem particular de evidencia será evaluado por el no creyente (tanto en su veracidad como en su grado de probabilidad) *por las nociones tácitas de ese no creyente*. Su cosmovisión general le proveerá el contexto en el cual la afirmación de evidencia será entendida y sopesada.

Por esta razón la estrategia apologética que vemos ilustrada en la Escritura requiere la argumentación en el nivel *presuposicional*. Cuando todo se ha dicho y hecho, es de las cosmovisiones sobre las que debemos estar argumentando, no simplemente sobre evidencias o experiencias. Cuando Pablo compareció ante Agripa y ofreció su defensa por la esperanza que había en él, declaró el hecho público de la resurrección de Cristo. Vemos esto en Hechos 26:2, 6-7. No hay duda que Pablo fue categórico en proclamar el hecho público de la resurrección de Cristo: “Pues el rey sabe estas cosas, delante de quien también hablo con toda confianza. Porque no pienso que ignora nada de esto; pues no se ha hecho esto en algún rincón” (v. 26). Sin embargo, de lo que debe usted tomar nota es del fundamento y contexto presuposicional que Pablo proveyó para su apelación al hecho. El *mismo primer punto* que Pablo se dedicó a señalar en su defensa de la fe no fue una verdad de observación acerca de lo que era un hecho público, sino más bien un punto *pre-observación* (algo que precedía a la observación y que no estaba basado en ella) – un asunto trascendental (sobre lo que es *posible*). De modo que leemos en el versículo ocho: “¡Qué! ¿Se juzga entre vosotros cosa *increíble* que Dios resucite a los muertos?” Pablo quería tratar, primero que todo, con la cuestión de la cosmovisión pre-observación – lo que es posible y lo que es imposible – y en términos de eso trató con el hecho histórico de la resurrección de Cristo.

Dios fue considerado como el soberano determinante de lo que puede y de lo que no puede pasar en la historia. Pablo entonces procedió a explicar que la finalización de la hostilidad frente al mensaje de la resurrección no requiere que consultemos a más testigos oculares, sino que más bien requiere sumisión al Señorío de Jesucristo (vv. 9, 15). “Yo ciertamente había creído mi deber hacer muchas cosas contra el nombre de Jesús de Nazaret... entonces dije: ¿Quién eres, Señor? Y el Señor dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues.” Había una antítesis que Jesús venció soberanamente en la vida de Pablo. El no creyente, igual que Pablo, debe entender quién es la autoridad genuina y última: Es Jesús a quien persigue el no creyente. Pablo siguió explicando que el mensaje que declaraba requería un “cambio radical de mente.” Eso es, etimológicamente, lo que significa *metanoeo* – el cambio, el giro de, la mente – de las tinieblas a la luz verdadera, del dominio de Satanás al de Dios, como dice Pablo en los versículos 18-20. El no creyente debe renunciar a su razonamiento antagónico y abrazar un nuevo *sistema* de pensamiento. Su mente debe ser completamente cambiada, y de este modo sus compromisos presuposicionales deben ser alterados.

Finalmente notamos que Pablo colocó su apelación al hecho de la resurrección en el contexto de la autoridad de la Escritura para pronunciarse e interpretar lo que sucede en la historia, versos 22-23: “Pero habiendo obtenido auxilio de Dios, persevero hasta el día de hoy, dando testimonio a pequeños y a grandes, no diciendo nada fuera de las cosas que los profetas y Moisés dijeron que habían de suceder: Que el Cristo había de padecer, y ser el primero de la resurrección de los muertos, para anunciar luz al pueblo y a los gentiles.” En

el verso 27, Pablo dice, “¿Crees, oh rey Agripa, a los profetas?”

La apologética de Pablo no trató solo con evidencias aisladas. Él trató con asuntos trascendentales (lo que es posible), con autoridad última (“es Jesús a quien persigues”), con la Escritura, (“¿crees a los profetas?”). El terreno último de la certeza Cristiana y la autoridad que respalda su argumentación debe ser la Palabra de Dios. Pablo podía entonces ir a los hechos, pero solo en términos de una subyacente *filosofía del hecho* y en concordancia con las presuposiciones fundamentales de una epistemología Bíblica.

Vemos eso con la máxima certeza cuando Pablo fue a Atenas y allí se encontró con los no-creyentes educados de su época – los filósofos en la ciudad capital de la filosofía, Atenas. En la colina de Marte (en realidad creo que ante el concilio del Areópago) Pablo defendió su fe Cristiana, como leemos en Hechos 17. Debemos tomar especial nota de lo que dice Hechos 17. Pablo enfatizó la antítesis, y Lucas llama nuestra atención a eso.

Hechos 17:16 nos dice que Pablo se enardeció por la idolatría en esa ciudad. Los ciudadanos que escucharon la disputa de Pablo le desdénaron como un carroñero intelectual, algún tipo de seudo-filósofo (v. 18). Le llamaron “palabrero,” alguien que solo se dedica a recoger pedacitos aquí y allá. “Este hombre no es un filósofo *real*.” Y así, como el verso 32 nos dice, al final se mofaron de él. He aquí Pablo enardecido por la idolatría. He aquí los idólatras mofándose de Pablo. Esto no parece un terreno común; suena más bien a conflicto. Necesitamos ver que Pablo no trajo consigo perspectivas filosóficas comunes que compartiera con Platón y Aristóteles, o más particularmente con los filósofos Estoicos y Epicúreos. Más bien, *ellos* le vieron como que traía algo “nuevo” y “extraño,” (vv. 19, 20). Fue solo debido a que vieron una *diferencia* con Pablo que fue escudriñado por el concilio del Areópago.

Cuando Pablo compareció ante el concilio no les pidió a los filósofos que simplemente le añadieran un poco más de información a sus sistemas. Más bien desafió las presuposiciones rectoras de esos mismos sistemas. Y como dice el verso 30, finalizó llamándoles (como lo hizo con Agripa) al “arrepentimiento,” a un cambio de mente, no solo a la complementación de lo que ya creían.

Pablo reconoció su extraña religiosidad, sus maneras “supersticiosas” (como lo dice el verso 22). En el verso 23 Pablo dice, “vosotros adoráis lo que admiten que es desconocido.” En contraposición a esto, Pablo presenta su habilidad para declarar la verdad divina en contra de su ignorancia. Considere el versículo 23 en Hechos 17. Pablo pone esto muy antitéticamente: “Al que vosotros adoráis, pues, sin conocerle, es a quien yo os anuncio,” – i.e., acerca de lo que no conocéis, tengo la habilidad, tengo la posición y la autoridad para hacer una declaración ante ustedes. Y cuando miren a lo que Pablo dijo en el concilio del Areópago, si tenéis algún conocimiento de la filosofía de la antigua Grecia (especialmente la de los Estoicos y Epicúreos) notará que virtualmente todo lo que Pablo dijo se halla en contra de los temas y las premisas filosóficas de estas escuelas de pensamiento.

Pero ahora, no obstante, alguien dirá que en este encuentro apologético particular es donde vemos a Pablo haciendo explícitamente *causa común* con los filósofos porque en los versículos 27 y 28 ¡los cita a favor del mensaje Cristiano! En Hechos 17:27, hablando de

todos los hombres como buscando a Dios (o que debiesen buscar a Dios si acertadamente pudiesen sentirle y encontrarle) Pablo dice “aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros, porque en él vivimos, y nos movemos, y somos; *como algunos de vuestros propios poetas también han dicho*: Porque linaje suyo somos.” ¿No hace Pablo entonces una causa común con los filósofos Griegos en este punto en particular?

Lo que Pablo en realidad dice en estos versículos es que los hombres tratarán de buscar a Dios, “si en alguna manera, palpando, pudieran hallarle.” La cláusula subordinada que se usa en ese versículo particular expresa una contingencia improbable; no es probable que vayan a buscar a Dios. De hecho Pablo nos dice en Romanos 3 que “No hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles.” Pero aún *si* buscaran a Dios, Pablo dice que lo que hacen es “andar a tientas” o palparle. La palabra Griega que se usa es la misma palabra usada por Homero para el andar a tientas de los cíclopes ciegos. Platón usó esa palabra para lo que llamó adivinanzas aficionadas de la verdad. Pablo dice que aún si los hombres pudieran buscar a Dios, su andar a tientas en oscuridad, su adivinanza aficionada, no le da autoridad a lo que están haciendo. Y así, lejos de mostrar lo que Lightfoot pensaba que era un claro aprecio de los elementos de verdad contenidos en su filosofía, en Atenas Pablo enseñó que los ojos del no creyente están *ciegos* a la luz de la revelación de Dios. Como dice en Romanos 1 los no creyentes tienen un conocimiento de Dios, pero es un conocimiento que *detienen*, mereciendo de ese modo la condenación de Dios. Comentando sobre esto, el Berkouwer del principio escribe: “La antítesis se vuelve más grande en cada encuentro con el paganismo. Está dirigido, sin embargo, contra la difamación que el paganismo le hace a la verdad revelada de Dios en la naturaleza, y llama a la conversión a la revelación de Dios en Cristo.”¹⁸

Luego en el versículo 27 Pablo explica que este inepto andar a tientas del no creyente no se debe a alguna deficiencia en Dios – ni tampoco a alguna deficiencia en la revelación de Dios. El verso 28 comienza con la palabra “porque.” Está ofreciendo una clarificación, una ilustración, de la declaración que Dios está bastante cerca, a la mano, incluso para los pensadores paganos cegados. Si quizás pudieran palparle, dice Pablo, Dios no está lejos de ninguno de nosotros. ¿Y cómo sabes eso? Bueno, verán, *incluso los paganos* como ustedes son capaces de decir cosas que son formalmente ciertas.

La extraña idea de que estas citas de los filósofos paganos se levantan como prueba, de la misma manera en que las citas Bíblicas lo hacen para Pablo en otros lugares de Hechos, no es algo solamente contrario al decidido énfasis de Pablo en su teología sobre la autoridad única de la Palabra de Dios, sino que simplemente no concuerda con el contexto del discurso en el Areópago, donde se declara con fuerza la ignorancia a tientas e impenitente de la religiosidad pagana.

Pablo estaba citando a los escritores paganos *no* para conseguir su apoyo, no para hacer una causa común con ellos, sino *para manifestar su culpabilidad*. Puesto que Dios está cerca de todos los hombres, su revelación les daña continuamente, y no pueden escapar del conocimiento de Él como su Creador y como su Sustentador. Y lo que Pablo dice es que incluso sus filósofos saben esto. Incluso los Estoicos panteístas están conscientes, e indirectamente expresan, la cercanía de Dios y la dependencia del hombre en Él. Y así

18 Berkouwer, G. C., *Revelación General*, (Grand Rapids: Eerdmans, 1955), p. 145.

Pablo cita a Epiménides y a Areto (quien a su vez estaba repitiendo el himno de Cleanthes a Zeus).

Conociendo el contexto histórico y filosófico en el que Pablo habló, y notando las estocadas polémicas del discurso del Areópago, no podemos aceptar el apresurado pronunciamiento de algún intérprete en el sentido que Pablo “cita estas enseñanzas con aprobación irrestricta al hacer alusión a un marco de referencia totalmente diferente.” Eso es lo que dice Gordon Lewis, argumentando contra el entendimiento de Van Til de Hechos 17.¹⁹ Aquellos que hacen estos comentarios eventualmente se ven obligados a reconocer de cualquier manera las restricciones. Lewis sigue diciendo que Pablo no está elogiando la doctrina Estoica de ellos y que no redujo sus categorías a las de ellos. Pienso que Berkouwer está aquí en lo correcto, cuando dice “No hay aquí ninguna insinuación de un punto de contacto, en el sentido de una preparación para la gracia, como si los Atenienses estuvieran ya en el camino hacia el verdadero conocimiento de Dios.”²⁰

Berkouwer dice de la cita que Pablo hace de los Estoicos:

Esto ha de explicarse solo en conexión con el hecho que los poetas paganos han distorsionado la verdad de Dios... Sin esta verdad no habría falsa religiosidad. No se les debiera asociar con la idea de que la falsa religión contiene *elementos* de la verdad y que obtiene su fuerza a partir de esos elementos. Este tipo de análisis cuantitativo deja de lado la naturaleza de la distorsión portada por la religión falsa. La pseudo-religión testimonia de la verdad de Dios en su apostasía.²¹

Con seguridad que Pablo no estaba cometiendo la falacia lógica de la equivocación, usando premisas concebidas de forma panteísta para respaldar una conclusión teísta Bíblicamente concebida. Más bien Pablo apeló a la enseñanza distorsionada de los autores paganos como evidencia de que el proceso de distorsión teológica no puede librar a los hombres de su conocimiento natural de Dios. Ciertas expresiones de los paganos manifiestan así este conocimiento de Dios, pero lo manifiestan *como suprimido* – como distorsionado. Ned B. Stonehouse, en su excelente discusión del discurso en el Areópago, señaló:

El apóstol Pablo, meditando en la condición de creatura de ellos, en su fe y práctica religiosas, pudo descubrir en su religiosidad pagana evidencias de que los poetas paganos en el acto mismo de suprimir y pervertir la verdad presuponían una medida de conciencia de ello.²²

Y así sus propias declaraciones condenaban, sin darse cuenta de ello, a los filósofos paganos del conocimiento de Dios, el conocimiento que detenían con injusticia. Sobre estas citas paganas, Van Til señaló:

19 “*Misión a los Atenienses*,” Parte IV, Servicio de Seminario, (Denver: Seminario Teológico Bautista Conservador, 1964), p. 7.

20 Berkouwer, p. 143.

21 *ibid.* p. 144.

22 Stonehouse, N. B., *Pablo Ante el Areópago y Otros Estudios del Nuevo Testamento*, (Grand Rapids: Eerdmans, 1957), p. 30.

Ellos podían decir esto solo de manera incidental. Es decir, que estaría de acuerdo con lo que, en lo profundo de sus corazones, sabían que era verdad a pesar de sus sistemas. Era aquella verdad que buscaban ocultar por medio de sus sistemas profanos la que les capacitaba para descubrir verdad como filósofos y científicos.²³

Los hombres están rodeados por la revelación de Dios. Puede que lo intenten, pero la verdad que poseen en el fondo de sus corazones no puede evadirse, y llegará a expresarse sin darse cuenta. Explícitamente no la entienden de manera apropiada (claro está), y no obstante esas expresiones son un testimonio de su convicción interna y de su culpabilidad. Por consiguiente, Pablo podía tomar ventaja de las citas paganas, *no* como un campo en el cual hubiera acuerdo para erigir el mensaje del evangelio, sino como una base para llamar a los no creyentes al *arrepentimiento* por su fuga de Dios.

En I Corintios 1:17, Pablo dice, “Pues no me envió Cristo a bautizar, sino a predicar el evangelio; no con sabiduría de palabras, para que no se haga vana la cruz de Cristo.” Pablo dice que usar la sabiduría mundana del no creyente – la sabiduría de las palabras en su apologética – sería *hacer vana* la palabra de la cruz. Esta es una declaración muy fuerte. Pablo dice que no puede hacer causa común con la sabiduría del mundo porque, en la medida en que lo haga en esa medida la cruz de Cristo es vaciada de su significado.

En II Corintios 11:3 Pablo escribió “Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo.” Pablo quería que tuviésemos nuestras mentes libres de la corrupción. Quería que fuésemos puros para con Cristo, que tuviésemos una devoción simple hacia Él y que no (como Eva) fuésemos engañados por la serpiente. No hemos de colocar nuestra autoridad por encima de la autoridad de la Palabra de Dios o desafiarla.

Pablo, como hemos visto antes, podía usar hechos o evidencias en su apologética. Podía citar a filósofos no creyentes. Pero nunca perdió de vista la antítesis presuposicional al defender la fe. El apologeta necesita reconocer que, debido a “la antítesis,” el debate entre el creyente y el no creyente es fundamentalmente una disputa o colisión entre dos cosmovisiones completas, entre compromisos y nociones últimas que son contrarias entre sí. Un no creyente no es simplemente un creyente en puntos separados; su antagonismo está enraizado en una “filosofía” global de vida. (Como Pablo dice en Colosenses 2:18, “Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías.”) Dos filosofías o sistemas de pensamiento se halla en colisión el uno contra el otro. Uno se somete a la autoridad de la palabra de Dios como un asunto de compromiso presuposicional; el otro no. El debate entre las dos perspectivas eventualmente se reducirá al nivel de la autoridad última de una. El apologeta presuposicional se da cuenta que toda cadena de argumentos debe finalizar en un punto de partida *auto-legitimador*. Si el punto de partida no es auto-legitimador la cadena simplemente sigue y sigue. Toda cosmovisión tiene sus nociones no cuestionadas e incuestionables, sus compromisos primigenios. El debate religioso siempre es una cuestión de autoridad última.

¿Cuál es el método apologético que resulta de estas observaciones? Será contrario al método que vemos en hombres como John Warwick Montgomery, Gordon Clark o incluso

23 Van Til, C., *Pablo en Atenas*, (Phillipsburg: L. J. Grotenhuis, sin fecha) p. 12.

Francis Schaeffer. Cuando las cosmovisiones colisionan el enfoque verdaderamente presuposicional y antitético implicará dos pasos. Implicará, primero que todo, una crítica interna del sistema filosófico del no creyente, demostrando que su perspectiva en realidad está ocultando una destrucción necia del conocimiento. Y luego, en segundo lugar, requerirá una presentación humilde, pero firme, de la razón para el compromiso presuposicional del creyente con la Palabra de Dios. Vemos esto ilustrado en Proverbios 26:4-5. “Responde al necio como merece su necedad. Para que no se estime sabio en su propia opinión.” Muéstrale al necio su necedad – hacia dónde conduce su pensamiento – para que no piense que las tiene consigo, “para que no se estime sabio en su propia opinión.” Y entonces, como Proverbios dice, “Nunca respondas al necio de acuerdo con su necedad. Para que no seas tú también como él,” no vaya a ser que termines en la misma situación de destruir toda posibilidad de conocimiento. En el caso del apologista: para que no seas como el necio, no le respondas de acuerdo a su necedad, a sus presuposiciones necias, sino respóndele según tus propias presuposiciones y perspectiva revelada. Tal procedimiento puede resolver la tensión, el debate, la antítesis, entre autoridades que compiten y puntos conflictivos de partida porque pregunta, en esencia, cuál posición provee las precondiciones para la observación en la ciencia, para el razonamiento y la lógica, por los absolutos en la ética, y por el discurso significativo entre el creyente y el no creyente. El enfoque presuposicional es básicamente una exposición de las precondiciones de la inteligibilidad para todo el pensamiento humano.

En *Hacia una Apologética Reformada*, Van Til lo presenta de esta manera:

Al buscar seguir el ejemplo de Pablo, la Apologética Reformada necesita, por sobre todo, aclarar desde el principio que está desafiando la sabiduría del hombre natural sobre la autoridad del Cristo auto-legitimador hablando en la Escritura. Al hacer esto el apologista Reformado debe colocarse en la posición de su “oponente,” el hombre natural, con el propósito de mostrarle que sobre la presuposición de la autonomía humana el predicamento humano ni siquiera puede moverse. El hecho que se ha puesto en movimiento se debe a que el universo es lo que el Cristiano, en la autoridad de Cristo, sabe que es. Hasta para negar a Cristo, aquellos que le odian deben apoyarse en Él.²⁴

El Cristiano, al colocarse en la posición del no creyente puede mostrar como ello resulta en la destrucción de la experiencia inteligible y del pensamiento racional. El no creyente debe ser desenmascarado de sus pretensiones. Pablo reta “¿Dónde está el disputador de este siglo? ¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo?” (I Corintios 1:18-20). Al no creyente se le debe mostrar que “no tiene apologética” para su punto de vista (Rom. 1:20). En Romanos 1:20, Pablo dice que el no creyente “no tiene excusa,” pero etimológicamente uno podría en realidad traducirla al Español así: “no tiene apologética.” No tienen ninguna defensa de la posición que han tomado. Los no creyentes se han quedado, como Pablo dice en Efesios 4:17-24, con mentes vanas, oscurecidas y llenas de ignorancia que necesitan ser renovadas. El Cristiano debiese entonces enseñarle al no creyente que toda sabiduría y conocimiento debe tomar a Jesucristo como su punto de referencia (Colosenses 2:3) – que Jesucristo es el punto de partida auto-legitimador de todo el conocimiento. Los apologistas Cristianos debiesen enfatizar la antítesis al debatir con los no creyentes.

²⁴ Van Til, *Apologética Reformada*, p. 20.

5. Los No Creyentes Eventualmente están en Guerra con la Palabra

Jesús, por supuesto, afirmó categóricamente ser la verdad, “Yo soy el camino, *la verdad* y la vida” (Juan 14:6). Juan mismo revela a Cristo como la misma palabra, el logos, de Dios (Juan 1:1). Y así Jesús, quien afirma categóricamente ser la verdad, Jesús quien es la misma palabra y el logos de Dios, llega a ser el punto de partida, el fundamento auto-vindicador de la cosmovisión y el razonamiento Cristiano. Debido a la antítesis entre el creyente y el no creyente, toda razonamiento de incredulidad debe entonces tomar su lugar en oposición a la *Palabra* de Dios y a la *verdad* de Dios. Para decirlo brevemente, el no creyente debe estar “en guerra con la Palabra.”

La enemistad del no creyente contra la Palabra de Dios no es un asunto religioso nada más. Algunas veces pienso que entendemos esta enemistad como si al no creyente simplemente no le gustara la idea religiosa de Jesús como el Hijo de Dios y como nuestro Salvador. Pero más allá, la enemistad del no creyente conlleva una oposición a la misma *cosmovisión* que es el contexto y fundamento de cualquier mensaje o aplicación Bíblica particular. Ahora, dado que solo la cosmovisión Cristiana hace que el *lenguaje* y la *racionalidad* (lógica) sean inteligibles, los no creyentes serán conducidos, si son consistentes, a oponerse al mismo lenguaje y a la racionalidad con el fin de oponerse a la cosmovisión Cristiana que – solamente ella – sustenta su inteligibilidad y posibilidad.

Para ponerlo a manera de juego de palabras, la guerra del no creyente con la Palabra (es decir, su guerra con la Escritura y con Cristo) les llevará a estar en guerra con el mundo – todo el lenguaje y el significado humano. Debido a que rechazan la trascendente Palabra de Dios, Jesús, quien es la Verdad misma de Dios, son llevados al dominio inmanente de rechazar la idea de la palabra, el significado, la verdad y también la lógica. Esto es precisamente lo que vemos, por ejemplo, en el moderno movimiento literario conocido como Destructivismo.

[En este punto, en la conferencia original, el Dr. Bahnsen se enfrasca en criticar el movimiento contemporáneo literario y filosófico conocido como Destructivismo. El Dr. Bahnsen usa el Destructivismo contemporáneo como ejemplo primario de la guerra del no-Cristiano “contra la Palabra.” Dado que el Destructivista rechaza la trascendente Palabra de Dios, son dirigidos a hacer guerra contra la “palabra” inmanente – todo el lenguaje y el significado humano. Jacques Derrida y sus discípulos hacen esto al intentar exhibir la indeterminación radical del significado lingüístico debido a la presunta ausencia de cualquier norma, universales o la Verdad objetiva. El Dr. Bahnsen argumenta que el Destructivismo fracasa al no cumplir sus afirmaciones y es auto-derrotista. Sin embargo, el Destructivismo es valioso en el sentido que puede ser usado para demostrar el fracaso de los puntos de vista no Cristianos en general.]

Conclusión

La conclusión que quisiera sacar de esta discusión es que la naturaleza “antitética” del Cristianismo requiere un método *presuposicional* para defender la fe. De acuerdo al Dr. Van Til, “la antítesis” revelada en la Biblia debe ser enfatizada con los no creyentes con el

fin de guardar la *singularidad*, la *exclusividad* y el carácter *indispensable* del Cristianismo.

Primero que todo, la antítesis debe enfatizarse para guardar la *singularidad* del Cristianismo. Cristo no puede ser presentado a los hombres simplemente como otro Bodhidsattva, otro Avatar. No puede ser absorbido en una coherencia filosófica más amplia con otras religiones.

Segundo, el Cristianismo no debe ser presentado a los hombres solo como un axioma general. Es más bien un particular histórico. El Cristianismo trata con un individuo específico, el Cristo de la historia quien hizo cosas particulares en un tiempo particular. No es solo una filosofía entendida en el sentido idealista. Juan 14:6 nos dice que no hay otro camino a Dios. Hechos 4:12 nos dice que no hay otro nombre bajo el Cielo por el cual podamos ser salvos. En *Hacia una Apologética Reformada* Van Til dice:

El Romanismo y el Arminianismo han ajustado, en alguna medida, el evangelio de la gracia soberana de Dios, para que sea agradable al hombre pecaminoso en su aspirada independencia de Dios. El Romanismo y el Arminianismo tienen una teología defectuosa. Por consiguiente, también ajustan su método de razonamiento con los hombres para hacer que agrade a los hombres pecaminosos. También tienen una apologética defectuosa. Le dicen al hombre natural que tiene hasta ese momento la idea correcta respecto a sí mismo, el mundo y Dios, pero que necesita alguna información *adicional* sobre estos temas.²⁵

Lo que Van Til está señalando es que nuestra tarea no es mostrar que el Cristianismo le hace justicia a la racionalidad y a los hechos. Van Til dice que solo el Cristianismo salva a la racionalidad y a los hechos. No es simplemente *mejor* que la visión no-Cristiana, es la *única* opción disponible para el hombre racional. Y por esa razón el apologista no necesita los “favores” del hombre autónomo. En *El Desafío Intelectual del Evangelio*, Van Til declara:

En lugar de aceptar los favores del hombre moderno, como hacen el Romanismo y el Arminianismo, debiésemos desafiar la sabiduría de este mundo. Se debe mostrar que es completamente destructiva del contenido en cualquier campo. Frecuentemente se ha mostrado que es tal cosa. Está más allá de la posibilidad de la mente del hombre unificar las ideas del determinismo puro y del indeterminismo puro y por medio de esa combinación darle significado a la vida.²⁶

Para decirlo brevemente, Van Til dice que no permitas que tu apologética sea absorbida en una coherencia más amplia. Más bien preséntala *antitéticamente* – como la única manera en que cualquier coherencia pueda tener sentido.

Tercero, Van Til quería guardar la *indispensabilidad* del Cristianismo. El Cristianismo no necesita satisfacer la prueba de la lógica y los hechos del hombre autónomo. No necesita inclinarse ante la autoridad de la mente autónoma de los hombres. En *Hacia una Apologética Reformada*, dice:

²⁵ *ibid.* p. 3.

²⁶ Van Til, *Desafío Intelectual*, p. 40.

El Romanismo y el Arminianismo tratan de mostrar que el Cristianismo puede llenar los requerimientos del hombre natural con respecto a la lógica y al hecho... Al hombre racional se le debe decir que no es él quien debe juzgar a Cristo, sino que es Cristo quien le juzga.²⁷

Y se le dice que cuando al hombre natural se le explica que cuando entra en guerra con la Palabra de Dios, entra en guerra también con la palabra del hombre. En *El Desafío Intelectual del Evangelio*, Van Til usa estas conmovedoras palabras:

La implicación de todo esto para la apologética Cristiana es simple. No puede haber ninguna contemporización entre aquellos que presuponen en la totalidad de su pensamiento al Dios soberano y aquellos que presuponen en la totalidad de su pensamiento al hombre aspirante a soberano. No puede haber ningún otro punto de contacto entre ellos que el de la colisión frontal.²⁸

Así, si somos fieles a la naturaleza *antitética* del Cristianismo, debemos darnos a la tarea de un desafío presuposicional con los no-creyentes para mostrarles que en términos de su cosmovisión no pueden hacer que tengan sentido la lógica, los hechos, el significado, el valor, la ética o el significado humano.

A menudo se levanta una objeción: de que si enfatizas la antítesis, entonces cortarás la comunicación. Interessantemente, solo la argumentación presuposicional puede en realidad manejar la antítesis. Si alguien pensara que la antítesis en realidad socava la argumentación apologética, entonces enfrentaría la opción de (1) negar la antítesis que la Biblia presenta tan claramente, o (2) abandonar del todo la apologética.

Pero, ¿acaso la antítesis socava la apologética? Kuyper pensaba que lo hacía. Kuyper miraba claramente la antítesis y reconocía que por causa de ella se daría el desarrollo de *dos* ciencias o culturas. Pero a partir de ese hecho obtuvo la conclusión falaz de que la apologética Cristiana era inútil. Él declara en *Principios de Sagrada Teología*, que “Será imposible resolver la diferencia de enfoque. Ninguna polémica entre estos dos tipos de ciencia... puede servir jamás a algún propósito. Esta es la razón por la cual la apologética siempre ha fallado al no alcanzar resultados.”²⁹

Sin embargo, esta conclusión no es válida cuando otras perspectivas igualmente Bíblicas son tomadas en cuenta. Por ejemplo, la *intención* del no creyente puede ser el de seguir su principio naturalista de manera consistente. Puede que afirme que eso está haciendo. Pero en realidad no es posible hacerlo en la práctica. No puede huir del poder persuasivo de la revelación de Dios a su alrededor y en su interior. De hecho, por la gracia común del Espíritu Santo, se ve impedido de destruir el testimonio de Dios. Y así, termina conduciendo su vida y su razonamiento en términos de la revelación de Dios, puesto que no existe otra manera para que el hombre aprenda y para que la verdad acerca de él o el mundo tenga sentido. Hace eso, mientras tanto, negándolo verbalmente, y convenciéndose a sí

27 Van Til, *Apologética Reformada*, p. 6, 7.

28 Van Til, *Desafío Intelectual*, p. 19.

29 Kuyper, *Principios*, p. 160.

mismo que las cosas no son de esa manera.

En *La Defensa de la Fe*, Van Til escribe, “soy incapaz de seguirlo [a Kuyper] cuando, a partir del hecho del carácter mutuamente destructivo de los dos principios concluye en la inutilidad de razonar con el hombre natural.”³⁰ Van Til dice que el hombre espiritualmente muerto no puede, en principio, incluso contar, pesar y medir. Van Til dice que el no creyente ni siquiera puede realizar cálculos matemáticos o las operaciones más simples en ciencias. Con eso quiere decir que la cosmovisión o filosofía apoyada por el no creyente no puede realizar un conteo o medida *inteligibles*. Ahora, ¿por qué es esto? En breve, porque el contar implica un concepto abstracto de ley, o de principio universal, u orden. Si no hay ley, si no hay principios universales, si no hay orden, entonces no hay conteo secuencial. Pero la postulación de un orden abstracto universal contradice la visión del universo del no creyente como un ámbito aleatorio o casual de particulares materiales. El contar requiere entidades abstractas que son, de hecho, uniformes y ordenadas. El no creyente dice que el mundo no es abstracto – sino que el mundo es únicamente material; el universo no es uniforme, sino que es un ámbito casual y aleatorio. Y así, al rechazar la palabra de Dios – que da cuenta de un orden o ley universal – el no creyente, *en principio*, no será capaz de contar y medir cosas. Como suele suceder, los creyentes de hecho cuentan, miden y practican las ciencias, pero no pueden dar una explicación filosófica de ese hecho. O como a Van Til le encantaba decirlo: los no creyentes pueden contar, pero no pueden *dar cuentas* de su contar.

A la luz de estos puntos, la antítesis que hemos estado discutiendo no es un impedimento insuperable para la argumentación apologética. *Irónicamente*, ¡es lo que hace *posible* que la apologética sea exitosa! No solamente es el apologeta capaz de organizar un argumento convincente contra la coherencia de la filosofía apoyada por el no creyente y la suficiencia de su interpretación de los hechos, pero también se puede esperar que el no creyente entienda y sienta la fuerza del razonamiento del apologeta. Por lo tanto, el argumento apologético – el razonamiento intelectual que va más allá del mero testimonio – no debe ser menospreciado o ignorado por aquellos de nosotros que honramos la antítesis. No debe ser reducido a un esfuerzo fútil que termina siendo vano por la antítesis de perspectiva entre el regenerado y el no regenerado.

Van Til dice que el Cristianismo debe ser presentado a los hombres como la verdad *objetiva* – objetiva porque tiene una naturaleza pública. Ese es el terreno común entre nosotros, el creyente y el no creyente: la verdad que está objetiva y públicamente allí. Es verdad independientemente de nuestros sentimientos; es verdad independientemente de la creencia de alguien. Debemos presentar el evangelio como verdad objetiva y como verdad *comprobable*. Warfield estaba en lo correcto en ese aspecto. No es solo un fallo moral, sino que es también un error intelectual injustificable rechazar el mensaje de la Palabra revelada de Dios. Debido a la naturaleza antitética del Cristianismo solamente un método presuposicional de argumentación es capaz de aprovechar ese desafío trascendental con consistencia y claridad (argumentando desde la imposibilidad filosófica de la posición contraria.)

El enfoque a la apologética que nos da pedacitos de evidencias (e.g., John Warwick

³⁰ Van Til, *Defensa*, p. 363.

Montgomery), o el enfoque a la apologética que nos da apelaciones pragmáticas y personales (e.g., Francis Schaeffer) o el enfoque a la apologética que comienza con axiomas voluntarios de fe (e.g., Gordon Clark) no tratan adecuadamente con la antítesis – y así, con la indispensabilidad del Cristianismo para dar sentido al pensamiento racional, la historia, la ciencia o la personalidad humana. No es asunto de si debiésemos escoger entre estos enfoques y el enfoque presuposicionalista. Dado el hecho de la antítesis, el único enfoque que será útil es el enfoque presuposicional. La perspectiva situacional impulsada por Montgomery y la perspectiva existencial propulsada por Schaeffer no pueden competir con el enfoque apologético *normativo* de Cornelius Van Til. Solamente esa perspectiva desafía al no creyente con la indispensabilidad del Cristianismo.

Van Til escribió al final de *Hacia una Apologética Reformada*:

Finalmente, es mi esperanza para el futuro, como ha sido siempre mi esperanza en el pasado, que pueda presentar a Cristo sin compromiso a los hombres quienes están muertos en delitos y pecados, para que puedan tener vida y para que puedan adorar y servir al Creador más que a la creatura... Antes que casar al Cristianismo con las filosofías de Aristóteles o Kant, debemos desafiar abiertamente las estructuras filosóficas apóstatas de los hombres por las que buscan detener la verdad respecto a Dios, a sí mismos y al mundo.³¹

Van Til dice que somos hijos del Rey. Es a nosotros, no al mundo, que nos pertenecen todas las cosas. Es solo si demandamos de los hombres una *sumisión completa* al Cristo viviente de las Escrituras en todas las áreas de sus vidas que les hemos presentado a los hombres las declaraciones del Señor Jesucristo sin comprometer la fe. En resumen, no debemos sintetizar las palabras de Cristo con filosofías de incredulidad, sino más bien presentarle antitéticamente en la apologética. Solamente entonces lo haremos *sin comprometer la fe*.

Greg. L. Bahnsen, Th. M., Ph. D. (Filosofía; USC) es uno de los pastores de la Iglesia Comunidad del Pacto, Decano Consejero de las Escuelas Cristianas de Newport, y editor de la publicación Antítesis.

Copyright © Iglesia Comunidad del Pacto del Condado de Orange, 1990.

³¹ Van Til, *Apologética Reformada*, p. 28.